

Leg 3^o P. 30
A. Canalejas

p. 9

268

DISCURSO
LEIDO EN LA
UNIVERSIDAD DE MADRID

EN EL ACTO DE LA
APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1874 Á 1875
POR
DON FRANCISCO DE P. CANALEJAS

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

9

DISCURSO
DE
D. FRANCISCO DE P. CANALEJAS.

U/Bc LEG 3-3 nº268

HTCA



1>0 0 0 0 2 7 2 4 3 8

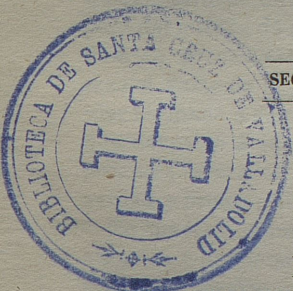
UVA. BHSC. LEG. 03-3 nº 0268

DISCURSO
LEIDO EN LA
UNIVERSIDAD DE MADRID

EN EL ACTO DE LA
APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1874 Á 1875

POR
DON FRANCISCO DE P. CANALEJAS

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Siguiendo veneranda costumbre, el Claustro universitario se dirige en este dia al público, no para dar cuenta de sus doctrinas, que sólo la rinde á su conciencia, sino para advertir una vez más el valor de lo que le confia la familia al enviar alumnos á sus aulas, y el subido precio de lo que devuelve á la sociedad al enriquecerla con hombres avezados al estudio, adoradores de la verdad y prontos al cumplimiento del deber.

No cuadra á la importancia del acto distraer la atencion y acariciar la fantasía de los oyentes con tesis entretenidas ó amenas, ni es del caso procurar lucimientos de estilo ó de diction, ensayando una muestra de la sonoridad y gallardía con que

campea en empeños oratorios la hermosa lengua española, que si hoy va herida y maltrecha es porque se refleja en ella la inacabable desventura de la nacionalidad que la engendró. No: al dirigirse una institucion docente á la sociedad en ocasion solemne, no son del caso ejercicios literarios y discreteos retóricos: lo propio y racional es recordar al auditorio el problema del dia, que no hay dia sin problema en la vida humana. Lo que interesa, si el problema como el de hoy acongoja los espíritus y origina las más de las desventuras que deploramos, es abordarlo, discutirlo; y, si Dios ayuda, resolverlo para que no dé en tierra el mal que provoca con lo que resta de virilidad y de energía en esta raza, capaz en lo pasado de todos los heroismos. Si á tanto no alcanzan las fuerzas, como seguramente no alcanzan las mias, se cumple con plantearlo.

Claro es que el asunto no se elige, se impone. ¿Qué otro asunto que el que á manera de obsesion fatídica agobia y desespera á nuestro espíritu sin permitirle solaz ni sosiego?

Como se ve, cumplo con doble deber. Hablo obligado, y discurro sobre un tema que el deber me impone.

Doblada ha de ser vuestra indulgencia, y ni aún así será toda la que yo necesito y reclamo.

Corre como verdad indiscutible que retrata y define al período histórico que anda, la falta de caracteres y de energías, la carencia de ánimo, de brios y de esfuerzo, y todos escuchamos y repeti-

mos que más flaca y caída no se vió nunca la voluntad de los hombres, ni hay ejemplos en lo pasado de apocamiento y de postracion parecidos á los que anulan, á más andar, á las generaciones de hoy. Sobra inteligencia, no falta ingenio, crece el estudio y la meditacion, el sentimiento recibe culto; pero la voluntad, aquejada de visible consuncion, es ya lámpara que se extingue, y sus intermitentes fulgores, en vez de iluminar, pueblan de sombras y penumbras á nuestras almas.

De aquí dimanar, y en esto tienen raíz (repetimos todos), los deplorables accidentes de la vida pública y privada; de aquí el prurito de atenuar y transigir, ocupando de continuo á la actividad en obtener aplazamientos é imaginar disculpas y conciliatorias fórmulas respecto á lo hecho y á lo que se debe hacer.

Amplíe y complete el cuadro quien guste de ello, que no es gozoso amplificar desconsueltos; y lo que importa es discernir y señalar la causa de esos tristísimos efectos, cuya realidad, por desgracia, no es posible desconocer.

La causa es un error filosófico. Dimanan tantos y tan desconsoladores fenómenos de una doctrina que tiene el singular privilegio de encontrar mantenedores en escuelas y cátedras al parecer enemigas, y que se repite en libros místicos y en libros materialistas, se escucha á psicólogos y á metafísicos, del mismo modo que á los que fundan (siguiendo á Littre) su metafísica negando la ciencia metafísica.

La causa del estado moral que deploramos es el desconocimiento de las calidades y prendas de la voluntad del hombre, y la consiguiente negación de su libertad y de su albedrío. La espontaneidad, la voluntad, el albedrío, la voluntad libre, la facultad de querer, no sólo se ponen en tela de juicio, sino que las negaciones se suceden en libros y discursos con una generalidad aterradora; y tanto ganan en la opinion comun y en la docta, que á la vez aparecen en refranes populares y en dictámenes tenidos por doctísimos en congresos científicos.

Recordad lo general y repetido de estas dudas y negaciones; recordad la serie de sofismas que penetran desde la cuna en nuestro ingenio para desvirtuar el sentimiento de la libertad, y no extrañareis la fecunda agudeza con que pretendemos parar el severo golpe de la implacable conciencia moral, al juzgar nuestras propias acciones ó los actos de nuestros semejantes.

Todo es natural efecto de la aplicacion á todo hombre y á cada caso, de la teoría de la obcecación y del arrebató; de la enseñanza, de que son irremediables la parálisis espiritual que causan las pasiones, y las furias con que embravecen al bruto; porque es sabido por dichos de la ciencia, del arte, de las costumbres y de la ley misma, que son las pasiones huracan, tromba ó corriente oceánica, que, como á espumas y arenas, arrastran y llevan por delante la inteligencia y la libertad del hombre. Y si de esta creencia supers-

ticiosa en la furia irresistible de las pasiones, tan comun en nuestro pueblo y tan halagada por el romanticismo literario, pasamos á la cátedra é interrogamos á la Anatomía ó á la Fisiología, trayendo á la memoria ensayos y experimentos, ¿quién sabe hasta qué punto un vicio de conformacion algo hereditario, los efectos ignorados de una enfermedad que se resiste al diagnóstico, influencias de una excitacion poderosa en las funciones orgánicas, el clima, la alimentacion, han determinado, con una precision mecánica, el hecho que sin razon enaltecemos y sin justicia castigamos?

Corren estos juicios y consideraciones por los mil cauces del sentido comun, como las aguas de real acequia que se precipitan murmurando por mil partidores.

Confundiendo ideas el vulgo, influido por estas negaciones, hasta disculpa al hombre y repite con el poeta: «No fué él... fué su siglo quien lo hizo.» El político y el legislador explican sus actos apelando á una entidad superior, de la que son simples voceros, al propósito y deseo de los más, á las corrientes (como se dice ahora) de la opinion y del juicio público. Otras veces, repetimos todos, que limitados, contradichos, hostigados en nuestro propósito y resolucion, abandonamos el cauce propio y natural de las ideas, y airados peleamos, enloquecidos por odios ó amores de escuelas ó banderías, siendo imposible desatar nuestro pensamiento ni distraer nuestra voluntad de lo que sirve de mote y gallardete á los nuestros.

La disciplina, el ordenamiento y la estrategia social y política lo exigen así, nos dicen muchos publicistas. Pensamos como todos piensan, hacemos lo que otros hacen, vamos donde van, no por un asentimiento y resolución deliberada de nuestra voluntad, sino arrastrados y envueltos por la corriente de los sucesos, según la frase clásica de los historiadores al uso. Pasaron ya los días de los grandes caracteres, y son innecesarias las energías individuales, repiten todos los que mandan. La sociedad se mueve por leyes mecánicas, y la voluntad individual es una fuerza que debe sumarse; aislada es una fracción mínima, que inútil para el cálculo se desprecia, dicen muchos economistas...

La opinión general es á manera de abeja; liba en el cáliz de todas estas enseñanzas, y construye, es decir, induce, deduce y aplica á la vida cuanto llega á ella desde la política, la ciencia ó el arte, y después engendra criterios morales, usos y costumbres. Como en todos esos actos, preceptos y consejos de la política y de las ciencias particulares apenas vislumbra la importancia ni la función de la voluntad, la moral práctica, ni la atiende ni la estima. Y entonces se advierte, como hoy advertimos con dolor, que lo propio, lo genial ó característico huye; que monótona uniformidad ahoga todos los arranques de la espontaneidad, y que siguiendo en el ancho cauce porque se desborda la historia humana con la regularidad de un cuerpo, cuyo volumen, movi-

miento y roce están predeterminados, concluyen muchos, no más que para enojos sirve la voluntad, y con ventaja la suple la ley inflexible que se declara en los conjuntos y en las masas.

¡Parece esta una conspiración universal contra la libertad moral del hombre!

No sólo las preocupaciones del vulgo, la política, la historia, como los más la interpretan, ponen al descubierto esa negación que satura ya el espíritu de estas generaciones, sino que filósofos que diz que demuestran que la voluntad no se determina á obrar sin causa, y que la única causa que la impulsa es la razón, llevándola al cumplimiento del bien, la reducen á la actividad intelectual; y otros, sosteniendo que los conocimientos que la razón consigne son aspectos instantáneos de un sér razonamiento-universal, superior á nuestra energía, que mana y corre eternamente evolucionando en lo infinito, miran nuestros actos como reflejos mediatos del saber ó del sér universal.

Y si huimos de panteismos lógicos, aún damos en ese quietismo muy de nuestra raza, que sin cesar palpita en los más de los tratados sobre la gracia y el libre albedrío, adormeciéndonos en la espectación del descenso divino, que ha de galvanizar nuestra existencia, obrando por nuestro medio, cuanto conduzca al cumplimiento de lo que la omnisciencia del Creador ha visto para llenar con sus glorias lo infinito.

Todo conspira á ese fin. La misma crítica lite-

raria, *llevada por la corriente*, repite que el poeta es el grito de su época; que el poema es el símbolo y la cifra de una edad; la catedral, la creación espontánea y anónima de generaciones que van empujándose como las olas del mar; que el genio es una mera condensación cumplida por la presión de las atmósferas sociales de una edad histórica. Nada más llano y hacedero en Goethe ó Mickiewicz, que desmontar el poema y clasificar todos sus componentes; y una vez devuelto á la Reforma, á Schellin, á Herder ó Hegel lo que es suyo, á la revolución francesa lo que engendró, á las proezas napoleónicas lo que sugirieron á la fantasía general, queda al desnudo la urdimbre del poema, como pobrísima tela pacientemente recamada con las inspiraciones de la historia, gracias á un cincelado mañoso y hábil en combinar líneas y casar colores.

¿Es de extrañar ya que todos desconfiemos de la voluntad y pongamos en tela de juicio la libertad, cuando á porfía se niega su existencia ó se niegan sus supuestos ó sus frutos?

¿Es de extrañar la laxitud moral y el apocamiento del ánimo, característicos de la época presente, cuando dudamos de si son nuestros ó ajenos los mismos actos que cumplimos?

Si la voluntad libre es una ilusión sugerida por el orgullo; si, según los doctores del día, no hay acto humano que nó esté dado virtual, pero necesariamente, en precedentes genéricos y específicos inseparables de nuestra naturaleza inte-

lectual ó física, no hay para que recordar arranques y heroismos, verdaderas rebeliones de nuestro sér. Resignémonos con nuestro lote, con nuestro automatismo más ó ménos disfrazado, que en dias de crisis sociales la duda ó la negacion de la libertad moral es doctrina plácida, muelle y enervante, que voluptuosamente nos consolará en el fondo de los abismos morales á que nos arrastra el mundo. Límitese la ciencia á suspirar, allá en las alturas en que se confunde con el arte, por otra naturaleza y por mejor patrimonio; pero ¡acepte la leccion de la ciencia positiva y procure no pedir al hombre más que lo que comporten las funciones, los apetitos y los instintos de nuestro organismo!

¡Oh, no! No es esa la verdad: no es razonado el aplauso que reciben los determinismos de todo género y linaje, desde el místico más acendrado al más tosco de los materialistas; que imaginan y figuran para la razon, para la voluntad, para la fantasía y el sentimiento, yo no sé cuántos embebecimientos, organismos, pilas, vértebras, ligaduras, funciones y síncope que en reduccion microscópica repiten, con la uniformidad del eco, los inenarrables misterios de los cielos ó los procedimientos y los fenómenos del dinamismo universal del Cosmos.

No es esa la verdad: no demuestran semejantes errores las ciencias de observacion, ni las escuelas fatalistas ni deterministas, y convence de lo contrario la sencilla, fácil y universal leccion de

la conciencia humana, de suerte que la dolencia moral que nos aqueja será pasajera; y para contribuir á ese suspirado renacimiento de la virtud pública, es preciso que apelando á nuestra propia experiencia en los casos de la vida, sin aparato científico y en forma clara y sencilla, sin debilidades ni espantos, sin orgullos y sin abatimientos, procuremos conocer «la voluntad», y confesar despues de conocida *que es única causa y causa absoluta de todos los actos de la vida moral del hombre.*

No hay problema más oscuro y temeroso en las alturas de la ciencia, y sin embargo la conciencia individual lo resuelve en sus puntos cardinales. Radica en el corazon de la unidad de nuestro sér, y palpita en la última extremidad de nuestro pensamiento casi infinito: es el punto absoluto en que se tocan Dios y el hombre, y la dignidad y nobleza de los individuos y de las sociedades está en relacion directa con los progresos que se consigan en esta soberana especulacion; y sin embargo, sobre ningun otro asunto habla con mayor claridad la conciencia humana.

I.

No me sorprende escuchar á Vogt «que existe entre el pensamiento y el cerebro la relacion que se advierte entre la bÍlis y el hÍgado, la orina y los riñones;» tampoco me maravilla leer en Moleschot «que el pensar es un movimiento de la

materia, y la voluntad un movimiento de la naturaleza;» y dados los precedentes, hubiera extrañado no registrar en Buchner la frase de «que la actividad anímica es una función de la sustancia cerebral.» Lo que sí me extraña es que presumiendo de filósofos los Jefes de la escuela sajona Spencer y Bain, después de describir el órgano del espíritu y sus funciones, y de enseñar que la fuerza nerviosa no es distinta del calórico y la electricidad, que se enseñorean de los vastos organismos de la naturaleza, señalando en las corrientes nerviosas el origen de todo acto humano, al punto de exclamar el Profesor de Aberdeen: «sin corrientes nerviosas no hay espíritu;» hablen aún de espíritu, y mantengan la distinción de sustancias que de antiguo anida en la filosofía.

Así se perpetúan las logomachias en los estudios. No se ha entendido nunca por espíritu el resultado de la acción y de la reacción del aparato cerebro-espinal, ni se llaman pensamientos, arrastres, choques ó altos de las corrientes fluidicas á lo largo de los cordones nerviosos, y ni aún sus repercusiones en la sustancia gris del cerebro: llámase espíritu al sér absolutamente inmaterial, espontáneo y consciente, simplicísimo y eterno.

La claridad, si gusta y deleita, es obligatoria para el que habla ó escribe. No cabe desconocer que, apellídense como quieran, entre los psicólogos ingleses y los naturalistas alemanes hay hermandad consustancial, sin otras diferencias que las nacidas de la mojigatería protestante y de la

urbanidad social en Inglaterra; y de la puerilidad estudiantil de lucir frase original y enérgica, que constituye el gongorismo novísimo de la ciencia alemana.

Los estudios anatómicos, las curiosas observaciones microscópicas sobre la constitucion de los nervios, los experimentos por medio de amputaciones ingeniosas, y pacientemente observadas por los doctores italianos, que mantienen el renombre de su escuela, no van más allá de este descubrimiento: «hay una relacion estrecha, íntima entre el organismo, sus funciones y los actos que se denominan anímicos,» lo cual es tan cierto, que autores muy espiritualistas lo explican, considerando el organismo corpóreo como una creacion del alma, en la cual continúa y persevera durante la vida. Si no es esta la conclusion, aún es ménos lo conseguido por los fisiólogos; porque con hechos, aunque se multipliquen al infinito, no se forma la ciencia.

Lo que importa es descubrir cómo la fuerza nerviosa centuplicada, si se quiere, por las combinaciones electro-químicas, que se efectúan durante su circulacion por los que podríamos llamar troncos, arterias, vasos y células del sistema nervioso, suscita los estados patológicos y reacciones terapéuticas espontáneas, que en la economía cerebral se verifican, segun Griessinger ó Schiff, y de qué suerte ese estado morbosó ó sano del sujeto origina la resolucíon, el entusiasmo, la intuición, ó siquiera la modesta percepción de lo

que no va envuelto en la corriente nerviosa. ¡Inútil pesquisa! Entre el filamento nervioso que, segun Kolliger, apénas descubre un potente microscopio, y cuyo espesor no llega á 0,011 de milímetro, y el acto más plástico de la fantasía, ó la más confusa percepcion del sentido, média el infinito.

No basta renovar las teorías misteriosas de la mágia natural, abismándose en la contemplacion de lo *posible*, que se esconde en la célula infinitesimal de un filamento nervioso microscópico; no basta señalar alguna sutura ó rompimiento de líneas ó colores en el cerebelo ó en la médula oblongada, para prorumpir en infantiles «Eureka;» lo que importa es demostrar que de allí y en tal modo y forma, y regida por esta ú otra fuerza, surge el acto moral.

«Es que la experimentacion es insuficiente; pero la ley de *l'uniforme causation* es la única hipótesis plausible que las ciencias confirman,» dice Herzen. «Es que los fenómenos psíquicos ó se conforman ó no con la ley; si no se conforman, es imposible la psicología; si se conforman, cuanto se dice de voluntad y de libre albedrío es absurdo,» escribe H. Spencer. ¡Ah! Si abandonamos el terreno de los hechos, y siguiendo propensiones naturales y legítimas se entran los fatalistas de todo género por las vias de la razon, haciendo metafísica, no sin saberlo, pero sí sin quererlo, cambia la decoracion, y es necesario averiguar de qué se trata.

Si la doctrina nace del discurso humano, examinése una y otra vez el procedimiento lógico; y en cuanto al dilema de Spencer, nadie niega que exista ley para la voluntad; pero la ley ha de surgir de las entrañas de su propia esencia, y es absurdo buscarla por analogía en mecanismos concretos ó en el dinamismo universal.

¿Qué es la voluntad? ¿Cómo es la voluntad? Fácil es la solución del interrogatorio sin más que escuchar atentamente á la conciencia.

Lo que yo sé decir de mí, con mayor certeza, es que soy un algo que *quiero*, y que, al cumplir lo que quiero, no encuentro oposición ni divergencia (en lo que respecta á los actos ordinarios) entre mi querer y los músculos y miembros que lo hacen patente, que cumplen y ejecutan. Voy, vuelvo, me detengo, prosigo mi camino, me levanto ó me tiendo, sin que advierta contradicción ni esfuerzo entre mi deseo y los medios físicos y fisiológicos que pongo en juego para realizarlo.

Así, el cuerpo y lo que lo mueve y dirige se presentan unidos, hermanados, mejor dicho, identificados en esta percepción interna y externa de mis actos, que efectúo sin fijar la atención en ella.

El hábito me permite, en medio de mi actividad corpórea, ocuparme y distraerme en otras atenciones y propósitos, de suerte que paseo y leo, y meciéndome medito y escribo.

Si por acaso ocurre un accidente que dificulta ó embaraza mi acción, lo considero rápidamente

y aumento la energía de mis músculos ó de mis nervios en la intensidad necesaria para superarlo, y vuelvo á mi meditacion ó á mi estudio. Si la dificultad aumenta ó el obstáculo crece, me decido á franquearlo con un esfuerzo, ó me detengo y cambio de direccion y de propósito.

Entónces, en el choque con lo externo que me coarta y cierra el paso, ó que mata y niega mi esfuerzo; en el choque que se produce de dos causas encontradas, reconozco la exterior; pero adquiero plena conciencia de la mia, y mido toda su extension y contemplo toda su importancia. Si se me preguntan el significado y la importancia de estos hechos, con el buen sentido, respondo que pertenecen á una facultad mia que quiere; que es mi voluntad lo que actúa; que si al tomar carne en el mundo externo encuentra obstáculos insuperables, rige de modo soberano, y sin nubes siquiera, toda la actividad moral de mi sér, moviéndose por impulso propio.

Si se me pregunta qué dan por supuesto y qué llevan, sobreentendido estos actos con igual consejo, y sin más atencion, contesto: que es mi individualidad la que actúa, revelándose en mi voluntad, grado superior por lo consciente de la espontaneidad de mi naturaleza espiritual.

Nadie me ha enseñado á querer, ni nadie me puede enseñar, como decia Séneca. Naturalmente, como la respiracion, como el movimiento muscular, de súbito aparece esta facultad, y se realiza tan luégo como tengo conciencia, sin que me dé

cuenta de su grandeza hasta que veo sus actos rechazados por el mundo externo, y siento se refugia bramando en mi corazon. Sé que enérgicamente se presenta en mi infancia, que lucho con rabia y desesperacion contra cuanto la contradice ó liga; sé, por último, que en las primeras edades de mi vida es señora absoluta, y puedo exclamar: *Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas.*

La eleccion es de precio, porque para el estudio de las facultades humanas es libro precioso el de la infancia, en que brilla y centellea con luz y fuegos naturales lo que despues pule ó perfecciona, ó deforma y atrofia la educacion.

Así, esta voluntad todo lo determina, y no es determinada por nada ni por nadie; es actividad, facultad, fuerza y tendencia á la vez, que, como unidad suprema de mi sér, preside y dirige toda la actividad de mi vida moral. ¡Y siempre es así, en la infancia como en la edad madura!

Al resolverme, tengo conciencia que lo que voy á hacer lo hago, porque quiero y puedo no querer saber más sobre mi hecho. Sólo sé que soy la causa de mis actos. Antes de preguntarme si es bueno ó malo, debido ó culpable lo que cumplo, sé con entera evidencia que soy yo, por empeño de mi voluntad, el que lo ejecuto, realizando mi deseo.

Pura, implícísima en su accion que es el querer, la voluntad de nadie necesita auxilio ni estímulo. Se basta á sí misma. No hay en su esencia, en sus caracteres, en sus mismas funciones nada que la enlace á otra facultad, nada que desvirtúe

la propiedad que la caracteriza, el *querer*. Nadie la determina á querer: quiere porque quiere; revelando de esta suerte la nativa actividad individual, en lo más original y propio que se puede concebir en la individualidad.

La voluntad no se confunde, sin embargo, con la actividad ni con la espontaneidad espiritual, que son los supuestos de la voluntad.

Llámesese voluntad la espontaneidad individual y consciente. Ni es cosa distinta ni posterior el albedrío de la voluntad. No hay actos voluntarios que no sean hijos de mi albedrío. En el acto humano, el fondo es la voluntad y la forma el albedrío, y fondo y forma se identifican y no existen el uno sin la otra. Al resolver, miramos identificados en el acto la voluntad y el albedrío de ejecutarlas y cumplirlas, y toda otra distincion es aquí abstracta.

No requiere tampoco el albedrío dato ó elemento nuevo procedente de otra facultad del sér humano. El albedrío es la misma voluntad resolviendo, como la voluntad es la espontaneidad con conciencia. No distinguimos ni diferenciamos en el querer elementos ni aspectos, como en el conocer ó en el sentir, sino que, como unidad indivisa, nos reconocemos en nuestros actos, siendo la facultad y el hecho, el objeto y el sujeto del querer, de la voluntad, siendo tan *mio* el efecto como la causa que lo determinó y las resoluciones y fuerzas que empleó en la ejecucion. Mis actos son mi voluntaria creacion.

La esencia del acto de la voluntad está en la resolución, en la determinación mía á querer ó no querer. Poco importa, para el juicio de mi acto y para juzgarme á mí, que lo ejecute ó no. La ejecución cae ya en las complicadas limitaciones de la realidad sensible y no expresa la pura causalidad de mi querer. El mundo de la absoluta libertad termina al tocar el acto en el mundo sensible.

No es esta aún toda la verdad. El albedrío es causa, y puede ser también fin y objeto de nuestra volición. Queremos porque queremos, y no queremos para gozar ó para sufrir; sino que las más veces, la única ley de finalidad que alcanza nuestro albedrío es querer por querer, para que respire, viva y se manifieste de todos modos y de mil maneras nuestra individualidad.

No es el albedrío la libertad. La libertad es un término racional, superior, nacido de la finalidad total del ser humano y de sus relaciones teológicas; es el ideal de la vida, es la salud y bienaventuranza; pero no lo que debe ser, sino lo que es, constituye el asunto de la observación psicológica.

Tengo por averiguado que en el fondo de todo fenómeno propio del sentimiento ó de la inteligencia va sobreentendida esa percepción de la voluntad. Es como un substratum de las demás facultades. La voluntad, como atención en el mundo sensible, como aspiración en el orden intelectual, da vida y movimiento á todas nuestras facultades.

des, engendra todas las funciones de la inteligencia y del sentimiento, y arroja por doquiera las nociones de ser, de fundamento ó causa que iluminan el campo de la psicología.

Es la primera en el orden natural de las facultades, y de una manera plausible para el sentido comun y para el científico, podria el hombre definirse diciendo: «Yo soy el que *quiere*.»

Quiero porque soy individuo, porque tengo la facultad de querer, y quiero más ó ménos ó no quiero. Soy causa única de mi voliciones. Mi conciencia me da la certeza firmísima de este hecho.

Mis órganos, mis funciones podrán solicitarme, exponiéndome con el lenguaje del dolor sus necesidades, sus apetitos, advertirme con su cansancio, rogarme con su fatiga; pero *Yo* accedo á sus súplicas ó las deniego; llevo mal de su grado todas mis funciones al punto extremo en que caen inertes ó ahitas, y si entónces conozco que *querer* no es *poder*, sino que mi voluntad tiene en la realizacion un límite, el límite que nace de mi naturaleza finita; y si conozco experimentalmente la limitacion de mi naturaleza, conozco tambien que es *absoluta* mi voluntad. Esta es la palabra exacta: mi voluntad es absoluta: esta es su esencia. De nadie depende, ni á nadie obedece. Para mí actúa, y sus determinaciones en ella se originan, en mí concluyen, y para mí son sus consecuencias y sus resultados. La esencia sobrenatural, divina ó satánica, pero sobrenatural, que está en nuestro sér, centellea con verdad innegable en

esta cualidad portentosa del albedrío del hombre.

Cansados y rendidos miembros y músculos, turbados é inertes órganos y sentidos, se alza aún airada é indómita y soberbia mi voluntad, creando inextinguible serie de voliciones.

Si se estrella en el límite de mi inteligencia, no me doy por vencido, como dice el vulgo, y es tan tenaz y perseverante el empeño, como visible é infranqueable es el obstáculo, y lo perpetúa aún con la desesperacion y el remordimiento, cuando pasa la coyuntura y el momento codiciado por mi voluntad.

El término que señala la meta de las operaciones de mi voluntad no aparece en sus funciones, que son las disposiciones, el designio y la resolución. En este mundo interno mi voluntad no llegó nunca al límite. Mi esencia espiritual se revela y declara en toda su pureza. Altos, altísimos van mis propósitos y designios; quiero conocer á Dios, quiero unirme á él, igualmente que á su santidad, ascender á su omnisciencia; penetrar en rápida ojeada todos los misterios del sér y del saber; quiero acumular glorias cada vez más gloriosas, inmortalidades y bienaventuranzas. Es en vano que cuanto hay en nuestra naturaleza espiritual y corpórea se coaligue contra la voluntad; en vano el buen sentido, la razon, la prudencia, las creencias y perspectivas ó promesas de premios y castigos me aconsejen, me manden, me disuadan ó pretendan intimidarme; quiero, y altanero y soberbio discurro de propósito en propósito, sin que

la voluntad se canse ni fatigue ni dé con barrera ó vallados que la detengan, y sin que mi perseverancia obstinada y creciente desfallezca un solo punto si mi voluntad la conforta.

Lo repito, la esencia de la voluntad es el ser absoluta. Es causa libre é independiente de toda necesidad interna y externa, libre hasta de ser libre, solazándose en el capricho y en la arbitrariedad.

Los que enseñan que no hay conocimiento que mejor y más claramente diga lo que es la esencia humana que la voluntad, enseñan bien; los que creen que la conciencia de la voluntad es la mejor y más cumplida demostracion de la espiritualidad humana, deben estimar su creencia como axiomática, y los que por último miran en la voluntad la propia y natural representacion de la sustantividad individual, aseguran una base firmísima á ese principio de individuacion, que al parecer se ahoga en la filosofía contemporánea entre los oleajes y corrientes del materialismo y de las escuelas panteistas.

Es como el individuo tenaz é inconstante, súbita é irreflexiva en sus resoluciones, ó distraida y flaca; pronta y enérgica en la region espiritual, y desmayada, tímida y voluble en la social; ayer indomable, mañana será blanda, reflejando en sus actos todas las condiciones del sujeto, así las permanentes y propias como las accidentales y adquiridas. Son tan varios los modos de la voluntad, como es compleja y combinatoria la vida en

los términos y posiciones de las facultades del hombre.

Es sensible, racional, individual, generalísima, vaga ó determinada, segun elige por campo ó por objeto uno ú otro sentimiento, una ú otra idea; ó en consorcio con la fantasía corre explayándose en imaginaciones resplandecientes de hermosura.

II.

Pero dicen los psicólogos es propio de la voluntad el deliberar; y es una de sus funciones. Al formar el designio, añaden, ó el propósito delibera, pesa ó mide á semejanza de la balanza, y opta por lo que atrae con mayor intensidad á su natural. Sí; la deliberacion que los psicólogos analizan colocándola como un momento anterior á la resolucion, cabe en la voluntad y es síntoma dichosísimo. La voluntad *puede* deliberar; pero no siempre delibera. La deliberacion no es funcion necesaria, es potestativa, es libre. Si delibera mi espíritu y escucha alternativamente al interes y al deber, que me solicitan en sentido contrario, es porque quiero deliberar.

Nada en la naturaleza de la voluntad me impone esa deliberacion, y yo sé con el sentido comun que he ejecutado muchos actos *sin pensarlos*.

La deliberacion es potestativa, y sea cualquiera el peso de una de las tendencias y lo abundante

y seductor de los motivos, puedo separarme de su dictámen y resolver en sentido contrario.

Si la deliberacion fuera necesaria no podria obrar en contra de lo que resulta despues de pesado y medido, como más justo, más honesto ó más conveniente; y sin embargo, puedo desoir y desatender las voces del deber ó del interes, y obrar como me plazca.

¿Cómo negar, desde San Agustin, la contencion que en no pocas ocasiones se traba en mi espíritu entre los diferentes elementos morales que concurren á la realizacion de un hecho?

Son angustias que podiamos todos confesar como el doctor de Hipona. Pero ¿cómo desconocer que despues de la deliberacion elegimos y optamos, y que podemos optar y elegir entre deliberar ó no? ¿Cómo desconocer que hay grados de intensidad en la voluntad, y que la espontaneidad que está en su raíz se entibia y convierte en reflexiva, y que la deliberacion señala ese momento; pero que tambien crece en energía en el trascurso de la vida?

No es la deliberacion más que una relacion reflexiva de la voluntad con la inteligencia, que en nada atenta á la integridad del carácter absoluto de la voluntad.

—«Es que no hay volicion sin motivo, porque la voluntad no aparece sin que *algo* la obligue á obrar.» Sutil y extensamente se ha discutido el punto por Descartes y Bossuet, y Leibnitz, Kant, Reid; y en nuestros dias por la escuela espiritua-

lista francesa, desde Jouffroy hasta el último libro de Janet; y si las convicciones de Bossuet y Reid son precisas y claras, la perplejidad es evidente en los más de los filósofos citados. No hay necesidad de acudir á la teoría de la indiferencia de la voluntad sostenida por Bossuet, por más que no sean convincentes las refutaciones que se leen en muchos libros de aquella profundísima teoría, que peca por incompleta. ¿Es un hecho que, solicitada nuestra voluntad por motivos poderosos para que obre en sentidos contradictorios tras madura deliberacion, resuelve no hacer ni lo uno ni lo otro? El caso es frecuente, hoy frecuentísimo. Que hay aquí resolución es innegable, y que no nace de ninguno de los motivos que solicitaban contradictoriamente, no es ménos cierto. Es que aparece un tercer motivo—se dirá,—cierto; pero este motivo no es la pasión ó la idea, el bien ó el mal, el vicio ó la virtud; es decir, ninguna de las realidades que están en la naturaleza humana ó que la razón del hombre conoce, y que desde Descartes y Spinoza forman el cuadro de los *motivos* que arrastrán á la voluntad.

No es un motivo negativo, porque implica contradicción la frase, aunque sea claro que induce al *no obrar* cuando los demás solicitan actos. Motivo que niega toda la realidad que solicita activamente al hombre, no es motivo de la causa, es la causa misma. Es un concepto, dicen los kantianos, hijo de mi entendimiento, y sin otra realidad que la que le presta la operación de mi entendi-

miento; y que con ser pura abstraccion, es bastante para negar la eficacia de otros motivos reales, vivos, tan vivos como las pasiones, tan reales como la ley moral.

Si al decir *motivo* se comprende en su definicion el puro concepto subjetivo, repítase en buen hora el axioma de la escuela «no hay volicion sin motivo;» pero adviértase que ese concepto subjetivo está forjado por la voluntad, que nace de una sumision servil del entendimiento, y es, como diria el vulgo, un recurso imaginado para el caso; de donde se sigue que *la arbitrariedad* propia del albedrío es la fuente de esas resoluciones, que Bossuet y Reid estimaban como hijos del indiferentismo de la voluntad, olvidando que lo absoluto no mantiene sino relaciones voluntarias, y es contradictorio con la esencia de lo absoluto suponer que las mantiene necesariamente.

Si no hay volicion sin motivo, será preciso añadir que la volicion se descompone en tres momentos, á saber: la voluntad creando el motivo, el motivo como causa segunda, y el acto motivado, lo cual es pura logomachia.

—Pero la libertad no es arbitrariedad, se objeta: Dios es libre, pero no es arbitrario.

No confunde libertad con albedrío el sentido comun. Albedrío es palabra puramente humana. En Dios reside la libertad, pero no el albedrío; el hombre tiene albedrío, y por su perfeccion puede llegar á la libertad. Dios es infinito y absoluto, y absolutamente infinito, é infinitamente absoluto,

simplicísimo en su esencia, y el hombre es finito, relativo, imperfecto, perfectible, y es union de esencias, de espíritu y de naturaleza. Esta diversidad de esencias que anida en su sér, crea oposiciones, contradicciones, empeños y luchas, en las que una y otra despliegan sus fuerzas á manera de ejércitos; y desde el latido del organismo hasta la vision beatífica actúan y evolucionan en la conciencia humana, y el albedrío expresa enérgicamente esta condicion y naturaleza en toda la extension de su temerosa verdad.

Como la individualidad es superior á meros estados pasajeros é inconscientes, del sentimiento ó de la razon, así el albedrío es superior á una y otra determinacion de las inclinaciones, de la pasion y de la virtud. Puede llegar á ser racional, y entónces los motivos morales lo conducen; ó puede no serlo, y entónces hierve sin ley ni freno, y se determina por sí mismo, arbitrariamente, entregándose á la pasion, dándose en servidumbre, convirtiéndose en instrumento de la ira, de la venganza ó de la avaricia. Pero sea lo que fuere el hombre en esta agitada existencia, lo que es y lo que llega á ser, lo es por la fuerza de su voluntad.

—Pero, se replica con espanto, ¿elige el albedrío y opta entre el bien y el mal? El hecho de conciencia es que ejecuto libremente el mal. ¡Oh, no! exclama con horror la filosofía espiritualista de nuestros tiempos; elige el mal por error: la inteligencia cultivada no elige nunca el mal; se

comete el crimen por ignorancia: entre el culpable y la virtud no hay más que una diferencia de cultura; ese albedrío supone una tendencia al mal en la naturaleza humana, lo cual es impío y blasfemo. Esa funesta enseñanza, continúan, lleva sobreentendido el absurdo de que el mal es real, y aún de que el mal es amable; última perversión de las doctrinas y de las enseñanzas!

Todo esto se ha escrito de mil modos y se ha amplificado de mil maneras por elocuentes psicólogos, y muy principalmente por tratadistas de derecho penal y hasta por metafísicos dignos de profunda estima.

Pero yo repito sencillamente: es un hecho de conciencia que, entre lo debido y lo indebido, me resuelvo por lo indebido. ¿Por qué hipócritas optimismos? Apelo á la conciencia honrada de mis lectores, y pregunto si no es un hecho de conciencia que en la vida individual todos hemos hecho el mal sabiendo que lo hacíamos.

No nos engañemos con distingos pueriles: la voluntad no elige, se resuelve al mal, aún conociéndolo y en la misma presencia del bien. No se trata de elegir, sino de resolver; no es una comparación de esencias y modos como la que precede á los juicios y á la eleccion y seleccion intelectual ó estética, porque la voluntad no es la inteligencia; pero se resuelve al mal aún despues de haber escuchado el consejo y la advertencia de la razon. La razon es la que elige entre la verdad y el error; una vez conocido uno y otro, la razon

queda subyugada por la verdad: el sentimiento no ama la fealdad, sino que queda preso en el amor de la belleza una vez gustado; pero la voluntad es esencia distinta, y si de *querer* se trata, al *querer* seguimos lo que ordena la voluntad que queremos.—Es que la voluntad realiza en la serie indefinida de los actos humanos la esencia humana. Ciertó; pero la realiza libremente.—Es que la voluntad entónces no tenderia al bien, como tiende al bien cuando existe.—Tiende al bien; pero es capaz de negar y desconocer su ley, su tendencia y su finalidad.

—¿Qué realiza entónces la voluntad? ¿Qué potencia, qué substratum actualiza, á qué materia da forma?—Convierte en acto lo virtual oculto en la potencialidad humana, pero en la pura y absoluta concepcion individual.

O la voluntad es una fuerza que corre al mal ó al bien, como los rios van bramando al Océano, en cuyo caso el determinismo es claro y patente la negacion de la voluntad libre, ó el albedrío es señor de sí y autor único de los actos morales en el hombre. Yo sé que el mal no me arrastra, ni me fascina, ni atrae mi naturaleza moral por la fuerza de una virtualidad secreta. No; no es el mal el que me arrastra, soy yo el que voluntariamente voy á él. ¿Es porque el mal sea amable? No; es porque sin amarlo, ó acallando y venciendo mis naturales instintos y mis divinas intuiciones, desafiando el espanto mismo de mi conciencia moral, hago el mal porque así lo quiero. Pero el mal, se insis-

te, es una negacion, no tiene sustantividad... ¡Sea en buen hora! Si no la tiene, yo se la doy con mi voluntad. El hombre hace real el mal por su creacion individual.—Pero será una abstraccion, un flatus vocis, un puro concepto de mi entendimiento.—Sí: será mi creacion subjetiva; pero todos los actos míos los determinaré, si me place, por las sugerencias de esa sombría creacion de mi albedrío.

Ascendamos cuanto sea posible, gracias á distinciones sutiles, por una escala de causas que den el por qué de nuestros actos; de motivo á causa, y de causa segunda á causa primera, pero siempre reconoceremos el albedrío como causa absoluta de mis actos, á no ser que, negando el albedrío, busquemos la causa en Dios ó en la naturaleza.

No lo meditaron los psicólogos contemporáneos al repetir uno tras otro, como explicacion de esta aparente eleccion del mal, por el albedrío, que es el egoismo que tuerce las funciones de mi entendimiento, y pongo en lugar de la idea pura y desinteresada del bien mi provecho personal. No: porque al razonar de esta suerte pongo la inteligencia al servicio de mi voluntad y sofisteo, y al remordimiento cumple dejar al descubierto mi grosera superchería, que muy grosera es la que dice desconocer intuiciones primeras y universales en la razon del hombre.—Por esas afirmaciones, dicen algunos místicos, se induce que las inclinaciones naturales, los impulsos, la propen-

sion, todo lo que haya de espontáneo en el hombre, como expresion de lo esencial en él, está tocado por el infierno y va ciegamente movido por el mal.—Es para el caso indiferente que la inclinacion sea infernal ó celeste; si es infernal la inclinacion y quiero vencerla, la venzo, y del mismo modo si es debida al cielo. De otra suerte no seria yo causa absoluta de mis actos; las inclinaciones las determinarían; los instintos serían los responsables de mis acciones.

No son el pecado y el crimen errores de inteligencia, ni basta el saber para ahuyentar el mal. Conociendo lo justo, cometemos injusticias. Llenas están las historias de casos en que inteligencias cultivadas han caído en el pecado y en el crimen, demostrando que no es la voluntad servidora de la inteligencia, sino que la inteligencia aconseja, amonesta, señala caminos y direcciones; pero nada más.

Entre el virtuoso y el malvado no hay una mera diferencia de cultura; hay la diferencia del hombre, que por la repeticion voluntaria de actos buenos adquiere ese divino hábito de la virtud, y el que por la repeticion voluntaria de actos llega, de reincidencia en reincidencia, á cometer habitualmente el crimen.

Las nociones y las ideas que importan á la vida moral están en todas las inteligencias; son patrimonio universal y el sentido comun las conoce, si no al modo científico, en el grado bastante para regir la vida de la muchedumbre más apar-

tada de la reflexion filosófica. Concurrirán circunstancias agravantes en el hombre culto; pero no las hay atenuantes en el que carece de instruccion. Consoladores son los optimismos, pero hay que renunciar á ellos si la verdad real los niega, y no es fingiendo consuelos y fantaseando progresos como se educa y dirige á los pueblos. Por otra parte, ese optimismo despoja al hombre de su grandeza moral, de su corona verdaderamente sobrenatural en el órden de las creaciones. Esa corona es la voluntad, esa grandeza es la esencia absoluta, absoluta, repitámoslo, de su voluntad. Si es absoluta, si es causa libre de todos los actos de la actividad moral, no hay quien la rija y domeñe ni en el mundo ni fuera de él. Es causa absoluta en lo que toca y concierne á su mundo individual. No se trasforma en simple medio, ni abdica, sino cuando quiere transformarse ó abdicar. Asiente, consiente, se somete, obedece, es cierto; pero es cuando quiere consentir, obedecer ó someterse. Se educa, y llega á ser blanda y dócil, de fiera y agreste que era; pero es un mérito esa sumision y docilidad.

¡Terrible privilegio, pero grandeza soberana la del hombre que, soberbio y satánico, reconociendo y confesando la verdad, la santidad y la inefable belleza de Dios, sintiendo los blandos llamamientos de su amor, rompe de pronto ese maravilloso tejido de arrobamientos celestiales, y rebelde y sombrío, se separa y huye de lo que sabe es verdad, bondad y belleza perfectísima; y

si no escala los cielos, amontona ironías y sarcasmos, impiedades y blasfemias en su espíritu, contra el Sér de los séres! ¡Grandeza maravillosa y espantable, que nos levanta en el mundo moral como otro Dios; fiereza imponderable, que ni el abrumador dogma de las penas eternas, concepcion gigantesca, como era gigante el enemigo contra quien se dirigia, ha podido domeñar y vencer! Sí: todo es necesario, y nada basta para prevenir la posible erupcion de ese volcan.

No es guiado por la soberbia humana, ni por el afan de separar la concepcion del hombre de las escalas zoológicas en que muchos lo ven, por lo que hablo de estos rasgos distintivos de la voluntad humana, es por el hecho de conciencia, que me obliga á la afirmacion de que la esencia de la voluntad, es el ser causa absoluta de todos mis actos, es verdad capital que se relaciona lógica y realmente con el conocimiento del individuo, con la importancia de la individualidad en la teología y en la antropología. Negad por un momento á la individualidad los caracteres que hemos reconocido en la voluntad; estudiad la individualidad con relacion á los conceptos que nos procura la sensibilidad ó inteligencia, y no descubrireis al individuo; sino que se evaporará en cualquiera de los envolvimientos ó desenvolvimientos del ser ó del saber universal, ó será un organismo más perfecto que el gorilla ó el aún incógnito antropóide que ha de restaurar la serie rota por la injuria de la naturaleza. La voluntad, por el con-

trario, absoluta, sustantiva, eternamente activa, propia, espontánea, idéntica al través de la variedad infinita, libre, y como libre consciente, y como consciente personal, y como personal responsable, nos dice cuánto importa respecto al individuo.

No es una fuerza como quiere el fatalismo materialista que plagia á Spinoza en este punto; no es una fuerza en el sentido de fuerza general, regida por ley universalísima, porque es causa absoluta en toda la extension y rádio de la individualidad y por efecto de la misma voluntad, es permanente variedad encerrada en lo propio de la especie y género á que pertenece el individuo.

Y no sólo la teoría de la voluntad abre estimada puerta á los problemas teológicos y metafísicos, sino que entiendo es la única que caracteriza é imprime sello severo y puro á la moral y principalmente á la Deontología. Mídese la importancia y mérito de la victoria por la grandeza y magnitud del enemigo, y el vencer y convertir á la voluntad es la más señalada de las victorias que el hombre puede alcanzar; pero requiere el obtenerla virtudes heróicas, cuya razon, fundamento y eficacia demuestra la ciencia moral.

III.

Pero en mi juicio y opinion, lo absoluto absolutismo de la libertad humana, fué estimado como enseñanza inconveniente, si no peligrosa, por los más de los pensadores.—El hecho se resistia á todo enlace, composicion y artificio sistemático y escolástico y llevaba la consideracion á tan árdudos problemas sobre el papel y la funcion de la individualidad humana en el órden teológico del universo, y exigia tal suma de cuidados y la cooperacion de tantos siglos para educar y ajustar esta entidad sobrenatural y sobrecitada (siempre pronta á la rebelion) en el cuadro social y en el modo finito y relativo de la vida terrena, que á excepcion de algunos teólogos cristianos que la creyeron esencialmente mala é irreductible, si la gracia santificante no cumplia el milagro de su conquista, apénas dejó huella en la historia de la filosofía.

Contraría además esta doctrina el optimismo práctico que reina en universidades y academias, casinos y salones, que nos pinta la vida fácil y plácida si la decora una grave, aunque externa, dignidad y una urbanidad obsequiosa y complaciente. Dirigir la vida bordeando abismos, siempre los ojos en la brújula y la mano al gobernalle, es penosísimo, y seria tranquilizador desconocer las tempestades y angustias, que desencadena en

el fondo de nuestra existencia esa terrible divinidad, y felicísimo el ignorar que los más temerosos de los problemas sociales y políticos, nacen de esa fuerza que es río fuera de madre, y que sin embargo debe ser encauzado y dirigido.

—¡Cuántos misterios en la voluntad del hombre!—decía Malebranche.—¡Qué misteriosa es la voluntad humana!—ha repetido últimamente Schopenhauer.—El tratado de la libertad, escribe Schelling (en su segunda aparición), es el corazón y el nervio del sistema de la ciencia; es lo que liga la *idea* al *hecho*.—De aquí sin duda esa interminable y nunca cerrada historia y reaparición de teorías deterministas que ocupan á los teólogos y filósofos de los siglos xvii, xviii y del actual, á vueltas de no pocas exhumaciones de escuelas de los siglos medios y de la antigüedad greco-latina.

Por otra parte, este período histórico que se abre con el «Pienso, luego soy,» de Descartes, corrió tras el pensar y el conocer creyendo que todos los misterios se encerraban en esas excelencias humanas. Bajo la presión de este intelectualismo cartesiano que reinó y reina, las demás facultades se estudiaron por el cánón que daba el conocimiento del pensar y del conocer, y quedó oscurecida ú olvidada la teoría de la voluntad, contentándose con resolver el caso del libre albedrío allá en punto preeminente de la moral, y como un caso de deliberación que sacaba á luz, puras é ingenuas, las intuiciones del bien y del

amor que, en efecto, nunca se apartan del espíritu del hombre.

Unas y otras causas, filosóficas éstas, sociales aquellas, explican el triunfo de los optimismos que han inspirado á los más de los doctores deterministas.

Pero el asunto de la ciencia no está en los libros ni ménos en los deseos y aspiraciones históricas, está en la realidad de Dios, de la naturaleza y del hombre, y la verdad manda que no se atenuen ni disfracen los resultados que la ciencia consiga. ¿A qué engañarnos, si á pesar de nuestras gárrulas descripciones de lo plácido y sereno de la vida, ruge la lava, no bajo nuestros piés, sino en nuestros corazones? ¿A qué profetizar y prometer maravillas y paraísos, si es necesario ántes que se cumpla el milagro de educacion, de prudencia, de santa abnegacion que exige el vencer con ayuda del bien, la verdad y la belleza, ese tenaz é indómito albedrío que tasca y cubre de espumas el blando freno de una sociedad cristiana y democrática?

Los deberes para el individuo y para la sociedad aparecerán con más fuerza cuanta mayor sea la verdad con que reseñemos los peligros que debemos vencer, y los males que debemos conjurar.

No son las ciencias antropológicas cuadros de perfeccion pintados en vista de lo posible; no son ideales. El ideal y lo perfecto humano, será un tipo y modelo que resplandezca en las últimas

cumbres de la moral y de la teología; pero el estudio ha de ser estudio de la realidad actual é histórica del hombre; y si bien es cierto que el hombre puede conseguir y conseguirá la libertad empleándola de modo semejante al divino, no es ménos cierto que no se vislumbra aún cuándo saldrá el hombre del dominio del albedrío.

No me adormecen, ni me consuelan, ni me satisfacen las escuelas deterministas, ni aún las que se inspiran en el racionalismo ó en la teología cristiana.

Dejando á un lado todos los fatalismos, desde el vulgar musulmico hasta el materialista Darwiniano, porque la experiencia y la observacion interna, dan en tierra con todas esas hipótesis de una causa externa y universal de mis actos, sin insistir ya en la refutacion de las escuelas, que, reconociendo que la causa es interna, la consideran determinada por impulsos é inclinaciones que espontáneamente actúan, y sin volver tampoco al exámen de las teorías del llamado *determinismo racional*, que, á pesar de sus delicadas distinciones, afirma que interna la causa, se determina, sin embargo, por ideas ó conceptos, cuya doctrina, obedeciendo á nobles inspiraciones, platónicas y cartesianas, es la más popular en los libros de psicología (1), quedan las teorías teológicas que se presentan con no menor variedad, desde

(1) Kant, Cousin, Jouffroy, Simon, Hamilton, Rosmini, Mamiani, Saisset, Janet, Ravaisson, Garnier, Ahrens, Tiberghien, Fouillet, etc.

Lutero hasta las últimas llamaradas del misticismo molinosista y del probabilismo casuístico.

Decía bien el gran obispo de la iglesia latina: «La cuestion es difícilísima en este punto, en que parece que no se adjudica la palma al albedrío humano sin negar la gracia, y no se enaltece la gracia sin anular el albedrío del hombre.»

Gravísimos son los errores filosóficos; pero no es comparable su gravedad con la de los teológicos, si presumen originarse de enseñanzas dogmáticas y cristianas, porque no olvidemos que es cristiana la ciencia y cristiana la vida hace muchos siglos, y continuará siéndolo por términos tan extensos, que la razon del hombre los confunde con la eternidad.

Desde los pelagianos y socinianos que desconocian la gracia por defender el albedrío, hasta las enseñanzas de Wicleff, Lutero, Calvino, Jansenio y Quesnel, que enalteciendo la gracia negaron en redondo el albedrío, la teología y la filosofía, han confirmado el juicio del ilustre obispo: *ita es difficilis ad discernendum...*

Nacen los más de los errores morales acumulados sobre este interantisimo estudio, de la doctrina errónea de que, sin la accion de Dios, el hombre es incapaz del bien, y que, cuando no se enseñoorea la gracia del alma humana, ruge en ella el infierno, estimando como pecado la misma oracion del impío, y como vicio la virtud cumplida por el consejo de la filosofía. Esta perversion natural, tenuta por esencial de la condicion hu-

mana, conduce necesariamente á las últimas conclusiones del molinosismo y del quietismo. Pero segun la verdadera enseñanza de la misma Iglesia católica, no todas las acciones del pecador son perversas, sino que pueden ser buenos sus actos, no sólo con bondad natural, sino hasta con bondad sobrenatural. Esas exageraciones demagógicas (que hay demagogia en lo teológico) lamentablemente reproducidas en nuestros dias, fueron condenadas por el Tridentino y por S. Pio V, Gregorio XIII, Urbano XIII, Clemente XI, en su Constitucion *Unigenitus*, dirigida contra las proposiciones valdegámicas de Quesnel, si se me permite este expresivo anacronismo.

Restablecida la buena doctrina, que declara es capaz el hombre, alejado de Dios, de la bondad y de la bondad natural y sobrenatural, recordando que Fenelon afirmaba con aplauso de la Cristianidad: «Que la voluntad está de lleno en nuestro poder, y que Dios nos la permite para dirigirla donde más nos plazca, y que si Dios nos previene para inspirarnos buena voluntad, conservamos, sin embargo, la facultad de rechazar su actual inspiracion y de frustrarla por fuerte que sea, y aún de negarle nuestro consentimiento... porque bajo la misma inspiracion de un sér superior soy dueño de mi voluntad para querer ó no» (1); si recordamos que el gran obispo de Francia ense-

(1) Obras filosóficas de Fenelon.—Ed. Hachette, pág. 63.—Sermon pour le trouxieme dimanche, après la Pentecote.—Obra de Bessuet. Edicion de 1828.—Tomo iv, pág. 515 y siguientes.

ña: «Que no debemos imaginar el infierno en esos espantables tormentos, en esos lagos de fuego y llamas eternas... en esa rabia y desesperacion y horrible rechinamiento de dientes; que el infierno es el pecado mismo; el infierno es el alejamiento de Dios y lo evidencian las escrituras»...—«¡Comprende, miserable pecador!—continúa el gran teólogo—¡comprende que llevas el infierno en tí mismo, porque en tí va tu pecado!»—No es posible descubrir la base teológica del fatalismo de los que estiman que el acto meritorio es efecto de la gracia, y que sin la gracia va el hombre al mal, como á su centro la piedra desprendida.

La gracia, como la idea, como el amor, llama, convida y atrae al albedrío; pero no lo constriñe ni lo somete mal de su grado y necesariamente.

Las dificultades de conciliar los atributos de Dios con el albedrío humano, no razonan tampoco los determinismos teológicos y metafísicos, que tanto preocuparon á Descartes, á Bossuet y Leibnitz, y que novísimamente han sido objeto de estudio para las escuelas teológicas protestantes.

Pero si el albedrío humano se concilia con la omnipotencia de Dios, porque Dios lo quiere y lo otorga, así como el sér de Dios no es incompatible con otros séres, ni su libertad con la humana, ni contradice á la omnipotencia de Dios, la libertad de querer en el hombre, ni tampoco oscurece la justicia divina la facultad de merecer que sublima á los humanos; se ha tenido por problema hondo y temeroso, y aún como proble-

ma insoluble, la aparente contradicción que se ofrece entre la ciencia y la presciencia divina y el albedrío del hombre.

El argumento, que consiste en poner frente á frente exteriormente lo infinito y lo finito como opuestos, porque Dios conoce lo porvenir y conoce por tanto la acción futura, por lo que va determinada mi acción, puesto que ha de cumplirse necesariamente, so pena de desmentir la presciencia de Dios, y si se cumple lo ha de ser como Dios la supo, en cuyo extremo se desconoce y niega la libertad del hombre, fascinó á Descartes, á Leibnitz, á Bossuet, á no pocos teólogos, y en nuestros días, á filósofos racionalistas, como J. Simon, habiendo dado origen en la Edad Media á famosas distinciones en la ciencia de Dios, y en la antigüedad eclesiástica á perplejidades en el gran obispo de la Iglesia latina, y á los esfuerzos del profundo y audaz Orígenes.

Todo problema que toca á la esencia de Dios es temeroso, porque la lengua humana carece de expresión clara y precisa en esta materia, sin duda porque la razón no consigue en estas alturas total y acabado conocimiento. Pero es en vano que San Agustín, Descartes y Bossuet aconsejen un respeto humilde á ambas verdades, manteniendo firmemente la ciencia de Dios y el albedrío humano, como dos extremos ciertos de una cadena, por más que no alcancen los ojos á ver los anillos intermedios, que enlazan el uno con el otro; porque ni la teología ni la filosofía se aquietaron con esta

prudentísima reserva. Los unos observaron que, así como la libertad humana no obsta á la omnipotencia de Dios, porque se trata exclusivamente de la libertad de *querer*, que es la esencia del albedrío, no de la libertad de obrar, que toca ya con los obstáculos y leyes del mundo finito, tampoco contradice la presencia de Dios, la libertad y el albedrío, porque lo previsto eran las mismas voliciones, y cuando esta enseñanza de los predeterministas apareció insuficiente, se recordó que de antiguo el gran Orígenes habia dicho «que la presciencia de Dios no es causa de los hechos, que dependen de nuestra voluntad,» y que de la misma manera que la prevision no determina el hecho, como no determina la caída en el abismo del ciego que, temerario, sigue el camino que conduce á él, el que se vea y prevea su caída, de la misma suerte el ser vista ó prevista por Dios la accion humana no cambia la naturaleza de la accion.—Puede Dios ver y prever los actos del hombre, sin que esta vista y presencia cambie la naturaleza de las cosas humanas. Y siguiendo por este camino se ha insistido en demostrar que las cosas suceden, no porque Dios las ha previsto, sino que Dios las ha previsto porque han de suceder, concluyendo racional y piadosamente, sobre este interesantísimo problema, que la dificultad estriba en el modo de conocer de Dios, como ya indicó Orígenes.

Señalado el camino, lo recorrió la especulacion teológico-metafísica, y á vueltas de no pocas ten-

tativas y frecuentes desmayos, hoy sabe que el conocimiento de Dios, á semejanza del humano, es conocimiento verdadero, y por lo tanto de lo real, sin que por ser conocida cambie la cosa, que es asunto y materia del conocer.—Conocida la accion como debiendo suceder inmediatamente, sucederá necesariamente. Lo conocido, como cosa que debe acontecer libremente, acontecerá, y acontecerá libremente tambien, no porque Dios la ha previsto, sino en virtud de una determinacion libre de mi voluntad.

El fatalismo teológico de Lutero nacia del error de creer que Dios no conocia lo pasado y lo porvenir sino en un eterno presente, cuando la verdad es que Dios conoce lo posible como posible y futuro, y no lo preve sino como posibilidades futuras. Si Dios conociera como realidades presentes, lo posible se trocaria en necesario y la necesidad en una negacion de la libertad. Dios no puede conocer sino en verdad. No puede conocer lo posible como real, lo presente como futuro ó como necesario lo contingente, sino cada una de estas cosas como ellas son en sí. De donde se sigue clara y terminantemente que no es la presciencia divina estimada como inconciliable con la libertad del hombre causa que obligue á limitar, de alguna suerte y manera, la doctrina del albedrío en el modo y forma que queda expuesta.

Lo que sí significan y expresan estos problemas de la omnipotencia, de la bondad y de la ciencia de Dios, que inevitablemente aparecen al

considerar el albedrío humano, es que en efecto este albedrío, enérgica expresión de la individualidad, es el punto en que se anudan todas las concepciones metafísicas y teológicas, y es el foco en donde se concentran todas las enseñanzas religiosas y filosóficas.

Lo que patentiza esta relación y vivísimo enlace de unos y otros problemas teológicos, metafísicos y psíquicos; es que no es posible poner la atención en algo humano sin ir por la corriente natural de hechos é ideas á Dios, donde encuentra la razón luz inextinguible y horizontes que se ensanchan y extienden con rapidez vertiginosa; lo que pone de bulto este ascenso natural y característico de la razón al perseguir la explicación de los hechos, es el absurdo de los nuevos Doctores, que miran lo altísimo, excelente y perfecto como efecto, desarrollo y florecimiento de lo inferior; pero á nuestro fin lo que más interesa deducir de estas verdades es que ni en lo teológico, ni en lo metafísico, ni en la psicología y ménos en las ciencias naturales, hay cosa que desmienta la independencia nativa del albedrío, su imperio absoluto, absolutísimo, sobre nuestra vida moral, y que, por tanto, sólo nosotros, nosotros solos, somos los responsables, si no conseguimos llevar el cielo en la conciencia y vivir, aún en esta existencia finita y accidentada, la vida eterna, según la profunda frase del piadosísimo Schleiermacher.

Para conseguir tan alto premio importaba, en

primer lugar, advertir la energía incontrastable de la voluntad. Todo lo puede, y si quiere el mal, todo lo atropella, es cierto; pero si quiere el bien, nada la detiene ó paraliza. ¿Cómo enamorarla del bien? ¿Cómo sujetarla al hermoso ordenamiento del deber? ¿Cómo inclinarla y mantenerla en la aspiración de lo divino y en la práctica de la virtud?

Este y no otro es el trabajo y el empeño de la vida, y en lecciones y advertencias para este trabajo debe resolverse toda la ciencia teológica, filosófica y natural. Y si entienden los modernos materialistas que predicamos el orgullo al señalar fines divinos y heróicos á la vida del hombre, yo entiendo que su humildad, al encogerse para no traspasar la estatura del gimio, sería atendible si fuera humilde y admirable su simplicidad, si fuera sencilla. Desde el tonel de Diógenes es sabido que la excentricidad acusa orgullo.

IV.

El sentimiento de la dignidad humana no es fuego de artificio ni sofisma de escuela. Es un sentimiento de incontestable universalidad, y no hay conciencia humana que no lo conozca. Estimar la dignidad como criterio instintivo para el juicio de las palabras y de las acciones humanas, es reconocer y confesar nuestra personalidad in-

dividual, y en el estudio de la personalidad se encuentra lo divino como razon de lo humano.

Por eso los maestros en ciencias morales y teológicas parten del hecho de conciencia; parten del sentimiento de la dignidad, y establecen el parentesco y filiacion del hombre, no sólo con los hervideros de la materia, sino con todas las potencias espirituales que pueblan el mundo de la amistad, del amor, de la familia, de la patria y de la humanidad. Imposible seria la empresa de educar á la voluntad, convirtiendo el albedrío en libertad, si la libertad no fuera *mia*, es decir, atributo de mi sér, ó se levantara escueta y aislada en el fondo de mi espíritu que no es individual, sino á condicion de ser á la vez género y especie. Por la primera de estas propiedades, por ser la voluntad facultad *mia*, un atributo mio puedo asignarle un fin, relacionarlo con una ley que no se origine de su carácter peculiar, como pura voluntad, sino de un conocimiento completo de todo lo que es el hombre, y que por tanto la comprenda y abraza.—Si fuera sujeto y no predicado, si no fuera atributo seria inútil empeñarse en el estudio de leyes morales, y debiéramos limitarnos á comentar á Schopenhahuer, admirando como una fuerza sin más ley ni finalidad que ella misma, corria por el espacio, milagreando de tal suerte, que el paso de este fuego fatuo, de este cometa sin órbita, creaba portentos de armonía y de perfeccion en cielos y tierra.

La voluntad es *mia*: es *mia* natural y racional-

mente. Traerla á su puesto y lugar; convertirla á mi señorío y devocion, mudándola de albedrío en libertad, es el problema; conseguir que me sirva ardiente, tenaz, firmísima é inquebrantable en todos los empeños de la vida, es realizar el ideal del hombre justo.

Servirme á mí no es servir á mi pasion, á mi vicio, á mi interes ó á mi inteligencia, es *servirme á mí* en la unidad armónica de mis facultades y propiedades, en el divino concertante de todo lo que constituye mi sér y mi esencia, y que expresa y razona mis relaciones constantes y permanentes con los demas séres y con Dios.

Si por ser predicado y no sujeto señalo á la voluntad finalidad que concurra á cumplir la total del sujeto humano, por no existir sola y aislada en el espíritu, establezco sus relaciones con otras facultades del sujeto, como unida en la raíz y sustentáculo con la inteligencia y la sensibilidad.

Si la inteligencia no subyuga á la voluntad, influye grandemente en ella, como lo indica lo generalizado del error Spinosista de que es su causa. Influye en primer término no permitiéndola reposo ni descanso, repercutiendo en la voluntad las oleadas de sensaciones, conceptos é ideas que las facultades intelectuales reciben, componen ó provocan.

Y si la inteligencia es poderosa, activa y enérgica; si adiestrada por la meditacion goza de ideas claras, precisas, y posee términos exactos, luces y evidencias que arraiguen en ella profunda

y tenazmente, se acrecentará su influjo, porque su influencia está en razon directa de las convicciones que consiga.

Diríase que es la voluntad sangre y energia que, agolpada en un centro vital, acongoja y asfixia al sujeto moral; pero que circulando activa y vigorosamente, infunde energia á todo el organismo espiritual y lleva la salud á todas las facultades. Al compas que cobra fuerzas la inteligencia, cuanta gana, pierde el albedrío. El crecimiento de la inteligencia desnuda lentamente al albedrío de su peligrosa arbitrariedad, y consigue la palma la inteligencia cuando crea el hábito de la deliberacion. Habituada á deliberar la voluntad, y adquirido el hábito de ella por esta segunda naturaleza, está siempre el individuo en presencia de algo superior, general, universal, eterno, y la accion de lo metafísico y divino se acentúa gradualmente; y si aún es posible la rebelion, lo es como accidente y acaso, que por el espanto y la consternacion que engendra en nuestra conciencia, robustece más y más el imperio de lo conquistado

Concorre de esta manera la razon á realizar los fines óptimos y supremos de la individualidad humana, engarzándola, con actos libres, en el ordenamiento divino de las cosas y de los séres. No exige el empeño profundas y alambicadas especulaciones sobre lo infinito y lo absoluto. Basta como asunto y materia la propia conciencia. La meditacion reflexiva, el exámen de conciencia que

dice el vulgo, da un mundo de conocimientos y no hay conocimiento que mejor aproveche al caso que el que llega á nosotros inmediatamente y en brazos del propio espíritu. Interroguémosle una y otra vez, y cien veces, que no faltará nunca la contestacion, y siempre será luminosa.

No hay disculpas para no acudir á esta fuente de salud. No son necesarios escalpelos, crisoles é infolios para adquirir esta ciencia salvadora. El libro está siempre abierto en el alma; la experiencia siempre á punto en nuestra conciencia, y una vez habituados á escucharla, la leccion es incesante, porque la meditacion ahonda descubriendo en cada estudio infinitos y divinos panoramas.

Cuanto más se persevera mejor es el galardón porque se afirma el dominio. Cuando el conocimiento reviste formas semejantes á las de la voluntad crece á lo indecible su influencia. Para que la voluntad se detenga ante la razon, es necesario que la idea sea precisa, clarísima y si es posible absoluta. Es preciso que el deber sea conocido por el entendimiento, como imperativo, categórico, ineludible, sin nubes ni distingos, sin asomos siquiera de enervantes probabilismos. La afirmacion purísima absoluta de una ley moral, ineludible, inmutable y eterna, presentando un absoluto divino frente al humano, detiene al albedrío; pero la indecision, la perplejidad ó la oscuridad en la razon, y sofismas y sutilezas en el entendimiento, abren al albedrío campo y horizontes inconmensurables. Si la razon no da la afirmacion absoluta

del bien y de la ley moral, el albedrío es ciego; si la convicción racional del deber no es clara, precisa y robusta, la voluntad queda sin contrapeso y es inútil entrar con ella en liza.

Y no es esto todo. Esta salvadora ponderación y equilibrio de las potencias exige que el fundamento y razón del deber y de la obligación moral, no sea ajeno y exterior al hombre. Por altísimo, superior y divino que sea, es condición esencial que lo examine y lo confirme mi conciencia, sin lo que apenas será perceptible por mi voluntad, que no mantiene relaciones con lo externo y ajeno al hombre. Ha de ser mi conciencia la que influya inmediatamente en mi voluntad; no hay influjo importante en ella sin esa mediación. No pongais vuestra voluntad frente á otro poder y voluntad, aunque sean divinas, si vuestra conciencia no lo ha aceptado y reconocido asintiendo á sus preceptos.

Parece imposible esta obra de recreación que hemos de cumplir, y lo sería sin la propiedad divina de ser seres de conciencia que nos procura medios abundantes y fuerzas inextinguibles. A su contacto, como en el prodigio mitológico, renacemos, y cada vez con mejores fuerzas, aún en las últimas fatigas y miserias. La conciencia se abre de tal manera al puro contacto de nuestra atención que, sea cualquiera el hecho que motive nuestro exámen, son innumerables las escalas que se presentan y nos convidan al ascencimiento.

La religion, el arte, la sociedad, la patria y la

familia, las esferas todas del sentimiento contribuyen con enérgicos llamamientos á despertar nuestra conciencia, á descubrir relaciones y vínculos que, enalteciéndonos á nuestros propios ojos, ligan suavemente el albedrío, avezándolo á la contemplacion del deber.

Cumplido este primer grado de la educacion moral, consistente en crearse de nuevo, gracias al concurso activo y armónico de todas sus facultades, debe el hombre pugnar aún por alcanzar el merecimiento supremo, que no es otro que el ser una imágen santa, y un ministro eficaz, del Ser que es infinita bondad, absoluta verdad y perfectísima belleza.

No basta esta vida negativa, que consiste en no hacer el mal enamorando al albedrío de lo divino por medio de la razon y de la sensibilidad; es necesario hacer el bien con pura intencion y por amor al bien, y que la fuerza incontrastable de la voluntad sea áncora salvadora.

El caso es hacedero una vez que mi voluntad quiera lo universal y perenne y domine la sugestion individual; es llano una vez traspasada la órbita de nuestro pensar subjetivo; es fácil una vez dirigido nuestro amor á entidades superiores como el prójimo, la familia, la patria, la humanidad, Dios, y posponiendo á esos amores el amor de sí; es natural cuando obramos, no ya como individualidad solitaria y rebelde que cruza los mundos y la existencia armada de su albedrío, sino como fuerza eterna inteligente y libre que contri-

buye de modo meritorio á la consecucion de las leyes providenciales, dando á Dios quieta y pacífica posesion de nuestra alma, para que nuestras potencias y actos concurren á su glorificacion.

Entónces si que la libertad humana se asemeja á la libertad divina ; entónces si que amariamos el deber y no mancharia el pecado la pureza divina de nuestra voluntad ; entónces el estado perfecto, el cumplimiento de los mandatos divinos, las abnegaciones y los espontáneos heroismos ; entónces queda terminada y concluida nuestra vida y nada nos queda por hacer en el mundo ; entónces es la muerte cariñosa amiga y verdadera salutacion del cielo.

Entónces... Pero traspaso, Excmo. Sr., los límites de este sencillo estudio de psicología popular, y doy en la metafísica y en la teología, á cuyas alturas no necesito llegar.

Pero recuérdase aún que esa perfeccion es nuestra obra, y constituye nuestro merecimiento. Entónces, gracias á nuestro cuidado, las semillas que la Providencia depositó en nuestra alma han florecido, y con flores celestes, y lo humano va al seno de lo divino. Pero si tal es el galardón, rudísima es la batalla, y conviene entrar en ella con perfecto conocimiento de amigos y contrarios.

Si son notorias nuestras pasiones en el corazón, no lo son ménos nuestros deberes en la inteligencia, y no se limitan como entendió Kant á los que nacen de una relacion de semejanza ó identidad, nacen tambien de los que se originan de relacio-

nes de inferioridad ó dependencia, y de excelencia ó superioridad. Deberes para con Dios, deberes para nuestros semejantes, deberes para con la humanidad, deberes para con los seres inferiores, están grabados profundamente en nuestra conciencia, y su cumplimiento no puede ocasionar conflictos temerosos para el hombre de enérgica voluntad; por más que otra cosa opinen doctores casuistas, de influencia deplorable por lo pernicioso.

Vista la escala dialéctica de deberes, no existen esas colisiones. Siempre lo excelso y lo perfecto vence á lo particular é imperfecto. Entre el individuo y la familia, ¿quién vacila? la familia. Entre la familia y la patria, la madre patria tiene derecho á nuestra vida y á la de los nuestros, y todo cede ante la verdad y la justicia, y todo ante Dios, que es fuente de la verdad y de la justicia. Aspiremos á lo perfecto, y no faltará nunca ley ni regla para todos los casos en la vida.

La generalidad distamos mucho de estos grados de virtud, y la ciencia debe aconsejar y dirigir á los más.

La Universidad no olvida este deber de educación, elemental en una institución docente. Por eso, contra todas las enseñanzas deterministas, anatómicas ó teológicas, psíquicas ó químicas, enseñamos, ¡qué digo enseñamos!... recordamos que se alza en la conciencia individual una lección severa, inmediata, irrefutable. Recordamos que el que prevarica es porque quiere prevaricar; que el

que peca sabe que peca, y peca porque quiere; que no hay deseo, ni pasión, ni arrebató, ni huracán, ni sugestión sanática que la voluntad humana no enfrene, reprima ó pare de golpe si quiere vencerlas. Recordamos que la ley del deber es inflexible, pura, perfecta; que el deber no admite esperas ni moratorias, ni sirven á los ojos de la conciencia atenuaciones ni disculpas; que el que desoye el ordenamiento del deber, no es porque no lo escuche, es porque no quiere cumplirlo; que no hay influjos, circunstancias, enloquecimientos ni tédios que expliquen lo inexplicable ante la ley moral; que la conciencia, en fin, no es una voz, es un hecho diario, de cada instante; no es una virtualidad, es un acto vivo; es la vibración perenne, que de modo perpetuo acusa el hecho de nuestra libertad, y que, por varias y múltiples que sean sus formas, son inalterables su esencia y sus funciones. Es el sol, penetrando en bosque frondoso; su luz se quiebra, se refleja, refracta, descompone y combina en arbores, tintas y rayos al atravesar por troncos, ramas, hojas y flores agitadas por los vientos; pero todo lo penetra y todo lo ilumina... Ó aceptar el hecho de la libertad con sus naturales frutos, ó ya que no podemos huir de nosotros mismos, vivir en la forzada y repugnante contemplación de nuestro envilecimiento.

Nada ni nadie más que nuestra voluntad rige y determina nuestra vida; todos lo sabemos y es preciso que lo digamos: somos libres, mis actos son *mios*; yo respondo de ellos. Sé que soy libre

porque lo soy, si no lo fuera no lo sabría. ¡Oh! Todos sabemos que no somos dioses; si lo fuéramos, lo sabríamos con esta espontánea certeza con que sabemos que somos libres.

Contra este perenne hecho de conciencia, son fútiles todas las argumentaciones, y en su consecuencia aceptemos virilmente la responsabilidad de nuestros actos. Si somos rebeldes ante Dios; si negamos é infringimos la ley moral; si afeminados ó egoistas no cumplimos nuestros deberes; basta de sofismas, y confesemos que nos encontramos en tales miserias y amarguras por un acto libre, libérrimo en nuestra voluntad, y respetemos como justísima la pena provocada por nuestra rebelion; que el acatamiento profundo y verdadero de esta justicia será camino seguro para nuestro ascencimiento moral y religioso.

He dicho.



